

Una casa para siempre
Microrrelatos del taller
Ed. Micrópolis
Claudia Cortalezzi (compiladora)

El asesino

Germán Andrés Cappio

El asesino salió del bar y caminó hasta la librería. El asesino, ese asesino entró en la librería y compró un libro cualquiera, digamos las *Obras Completas* de San Juan de la Cruz. El asesino, ese asesino, el criminal, dobló en la esquina de la siguiente calle y fue hasta la terminal de ómnibus, donde sacó un pasaje a Las Flores. El asesino, ese asesino, el criminal, ese bandido se percató de que su víctima lo había visto, por eso salió de la terminal por la puerta de atrás. El asesino, ese asesino, el criminal, ese bandido, el malhechor dio una rápida vuelta a la manzana y esperó a que su víctima saliera del kiosco. El asesino, ese asesino, el criminal, ese bandido, el malhechor, ese maldito encendió un cigarro y se puso otra vez tras los pasos de su víctima. El asesino, ese asesino, el criminal, ese bandido, el malhechor, ese maldito, él mismo acompañó hasta la casa a su víctima, que al verlo echó un grito:

—¡Casi me matás de un susto, mi amor!

El asalto

Paola Vicenzi

—¡Dame toda la guita! Andá metiendo acá.

El bolso quedó encima del mostrador.

¿Cuánto iba a tardar en llegar la policía?

Me sudaban las manos, me temblaba todo el cuerpo. El corazón parecía a punto de escaparse de mi pecho.

Jamás en la vida creí que llegaría a estar en una situación así, a punto de acabarse todo.

—¡Aparate, no te hagas el boludo! —La frase sonó apremiante, desesperada.

¿Cuánto, cuánto iba a tardar la puta policía?

Pensé en Candela, que me esperaba esa tarde para ir a la plaza. Y pensé en Agustín, ya no volveríamos juntos a la cancha.

Entonces dejé de temblar, y dejé también el bolso sobre el mostrador.

Metí el revólver en el bolsillo de mi campera y salí corriendo.

Fe

Liliana Nieves Mouzo

No creía en dioses ni en demonios ni en la ciencia ni en astrología, ni en cantantes devenidos en santos. ¿En qué creés?, le preguntaban. En nada, respondía. Hasta que la nada surgió de lo inexistente y lo atrapó. Y ahora su fe es inquebrantable.

Afeitada

Rubén Cocca

Yo lo venía sospechando, y esa mañana iba a sacarme la duda.

Parado frente al espejo alineé la hoja justo en el límite de mi patilla y la superficie afeitada. Entonces comencé con mi rutina, la que venía desarrollando desde aquel lejano día en que comenzó a crecerme la barba: exactitud automática que conducía la hoja de afeitar a través de una secuencia rigurosa, tan inequívoca como mis huellas digitales.

Rápido y seguro, fui trazando calles en la espuma a medida que el filo arrasaba con los pelos, hasta que al llegar al punto donde correspondía un movimiento oblicuo hacia arriba, sorpresivamente alteré el recorrido que ordenaba mi cerebro. Me había preparado para ese momento, y estaba atento a la imagen.

Forzándome a mirar fuera de foco para tener una visión completa de mi cara, al realizar ese movimiento imprevisto pude ver que la mano del espejo seguía el mismo recorrido de siempre, pero sólo durante la fracción de segundo que necesitó para reaccionar ante lo inesperado.

Para mí fue suficiente: por fin había comprobado que no era yo ese tipo avejentado que me mostraba el espejo.

**Taller de microficción
Feria del libro de Buenos Aires, 2017
Stand de Macedonia Edicione**

Arqueros

Isabel Santos

El chico corría de un lado a otro, jugaba con las flechas, molestando a los cazadores.

El padre le clavó la mirada.

—No seas tan duro con tu hijo.

—La curiosidad no es buena: debe aprender.

Las flechas salieron de los arcos rozando las cabezas, y el chico dejó de ser curioso para siempre.

Feos

Mariángeles Abelli Bonardi

Hundido cada uno en su silla plástica, iban escuchando las historias de vida. De dónde eran, a qué se habían dedicado. Se preguntaban uno a otro si siempre habían sido así y si siempre se habían sentido así.

Cómo habían terminado ahí, de donde nunca más iban a salir.